

quépasa



Abril 21, 2007

Una historia fascinante Por Álvaro Vargas Llosa

Es difícil encontrar en América Latina novelistas primerizos que cuenten historias o, en todo caso, que pongan su prosa, sus intuiciones, sus conocimientos o sus lecturas al servicio de lo que se supone que debe hacer una novela: contar una o varias historias. La obsesión por la forma, la urgencia de deslumbrar con la técnica literaria, el engolosinamiento con las palabras o el simple lirismo hacen que la novela por lo general olvide que su función es narrativa y que los personajes y las situaciones son lo importante, aquello alrededor de lo cual debe girar todo lo demás.

Por eso me resultó refrescante y sorprendente la lectura de la primera novela de Sebastián Edwards. Todo en esta novela -el lenguaje, el punto de vista, el manejo del tiempo, la elección de las palabras- está al servicio de la historia que se cuenta. El claro sentido de las jerarquías y las prioridades es algo que un novelista difícilmente posee antes de haber tropezado muchas veces. "El misterio de las Tanias" delata a un narrador ducho y seguro de sí mismo, que no necesita opacar con luces de Bengala y fosforescencias formales la anécdota, la intriga que nos cuenta.

Se añade a esta virtud otra más: la historia que se cuenta es fascinante. Para quienes están familiarizados con la historia real en que se inspira, tiene el aire de un gran reportaje o lo que se dio en llamar, en los Estados Unidos, en tiempos de Truman Capote, "nuevo periodismo." Para quienes no conocen los antecedentes, se trata un "thriller" político aunque sea también una historia de amor y una historia sobre la amistad. El autor sostiene la atención del lector de

principio a fin por lo bien graduada que está la tensión narrativa y lo inteligentemente que está organizada la trama, que es cronológica cuando tiene que serlo, analítica cuando es necesario, retrospectiva cuando el relato lo pide y siempre coquetea con el lector, negándole información que echaría a perder el misterio de las Tánias y al mismo tiempo proporcionándole suficientes claves como para mantener en vilo su curiosidad.

Imagino que para la generación de Edwards este viaje literario al hecho fronterizo de la segunda mitad del siglo XX en América Latina -la Revolución cubana- resulta especialmente interesante. Para mi generación resultará instructivo. Por lo general, para las generaciones que nacieron a la conciencia política después de revelados los horrores del castrismo el tema de la guerrilla tiene algo de arqueología: despierta un interés limitado al ámbito de ciertas mentes especialmente preocupadas por la historia de América Latina, aunque sea contemporánea. Esta novela es una buena forma de incrustar en las nuevas generaciones algo de aquella historia, porque en cierta forma ellas son hijas y nietas de la América Latina forjada junto con, en oposición a, y a pesar de, la Revolución de Castro. Quizá una novela como ésta logre despertar entre algunos lectores jóvenes una curiosidad sana por el pasado reciente de América Latina y en especial la utopía revolucionaria que causó muerte y destrucción, y provocó una oleada de dictaduras militares.

¿Le ha servido a Edwards su condición de economista? Quizá sí, y de dos maneras. Una de ellas tiene que ver con la prosa directa, sencilla y "económica" en que está narrada la historia. La otra tiene que ver con la geografía global en que se mueve la trama. La búsqueda de información por parte del narrador sobre las espías que fueron captadas por Cuba para servir de agentes en la burguesía latinoamericana lleva al profesor universitario que narra la historia a viajar por medio mundo. En alguien menos familiarizado con el mundo, esta peripatética narración tendría un aire postizo y forzado. En este narrador, en cambio, resulta natural.